

El papa Francisco, expresión actualizada del Vaticano II*

Pedro Trigo
Caracas, Venezuela

Estas páginas no constituyen un ejercicio academicista. El tema tiene mucha relevancia para los que pensamos y sentimos que el concilio Vaticano II fue un verdadero pentecostés, que dista mucho de haber sido recibido por la Iglesia y que Dios nos pide recibirlo desde nuestro hoy. Si el papa Francisco tiene tan asimilado el concilio, al punto que se le sale como lo más genuino de él, es una muy buena noticia para la Iglesia e incluso para el mundo. Esta es la hipótesis que vamos a desarrollar.

El presupuesto personal es que yo me siento interpelado por el papa y que lo que hace y dice Francisco me da alegría. Por eso, me parece que ese hablar y actuar vienen de Dios. Este discernimiento está a la base de lo que sigue.

El tema puede ser abordado desde dos enfoques. El primero es temático y el segundo, de perspectiva. El primer enfoque exigiría recoger las citas, textuales y referenciales, y analizarlas: cuáles escoge, de qué documentos las saca y en qué aspectos se fija, con qué frecuencia cita, tanto otras fuentes como de sus escritos y alocuciones, y con qué propósito cita, es decir, si las citas son atestatorias o realmente inspiradoras. Creo que este trabajo sería apropiado para un curso o para una tesis de licenciatura, o para la atención de un estudioso. El segundo enfoque pregunta por el grado de asimilación del concilio, para lo cual toma sus ejes estructuradores e indaga hasta qué punto ellos también estructuran el ministerio de Francisco, y, antes que eso, su espiritualidad. Vamos a adoptar este segundo camino.

* Texto de la lección inaugural del 51.º año académico de la UCA (7 de abril de 2016). En realidad, una síntesis apretada de una ponencia que analiza esta temática en los discursos del papa, que será publicada en la revista *ITER* de la Facultad de Teología de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas.

1. Propuesta conciliar

1.1. Encarnación *kenótica*: salvar al mundo desde dentro y desde abajo

Creemos que la propuesta más estructural y de más calado del concilio es la de contribuir a la salvación del mundo desde la encarnación solidaria en él. Era patente que lo que se proponía antes del concilio era lo opuesto: salvarse del mundo. El mundo estaba perdido y la salvación consistía en llevar a la gente al ámbito de la Iglesia, que era el ámbito de la salvación; no, desde luego, un ámbito absolutamente objetivado de tal manera que por el hecho de encontrarse en él ya se estaría a salvo. Al contrario, había que creer lo que creía la Iglesia, obrar lo que ella proponía y participar de manera personalizada de sus ritos y sacramentos sagrados. Así se pertenecía no solo al cuerpo visible, sino también al alma de la Iglesia y se participaba de la salvación, de la cual, por dignación de Dios, la Iglesia era portadora. Esta propuesta entiende la salvación como gracia de Dios, enteramente indebida e inmerecida y fuera del alcance humano. Ese era el sentido que se daba a la palabra *sobrenatural*.

En cambio, la propuesta conciliar presupone que la revelación de Dios no es revelación de verdades, preceptos y ritos, sino acontecimiento histórico. Dios no solo ha creado al mundo y en él a la humanidad, sino que la ha creado para entablar un diálogo, siempre libre, aunque constante, con ella. El cristianismo sostiene que Dios se ha comprometido crecientemente en ese diálogo, hasta el punto que su Hijo único y eterno se encarna en el mundo. Este acontecimiento único y definitivo implica que, en Jesús de Nazaret, Dios ha echado la suerte con el mundo para siempre. La salvación acontece, pues, desde el seno de la humanidad, en la vida histórica, y no en el ámbito estanco de una religión organizada.

El que los dirigentes religiosos y políticos lo rechazaran dio lugar para mostrar hasta dónde llegaba ese compromiso, porque Jesús no nos dejó a nosotros para salvar su vida, sino que murió llevándonos a todos en su corazón y pidiendo a su Padre perdón por los que lo habían condenado. La resurrección significa la aceptación incondicional de Dios de aquellos con los que Jesús ha ligado su suerte hasta morir como su Hermano. La resurrección implica que Jesús, desde el seno de Dios, nos atrae con el peso infinito de su humanidad, para que podamos investir ese modo de ser humano (hijo y hermano). En eso consiste su señorío. Además, ha derramado su Espíritu sobre cada ser humano para que, si obedecemos a su impulso, vayamos haciendo en nuestra situación lo equivalente a lo que él hizo en la suya. Así, pues, la salvación acontece humanamente y todos los seres humanos son sujetos y no solo destinatarios de ella.

Tanto la atracción de la humanidad de Jesús como el impulso de su Espíritu son acontecimientos universales y, de suyo, temáticos. Por eso, la pertinencia de caracterizar a la Iglesia como sacramento de esta salvación. Sacramento quiere decir, ante todo, que a ella se le ha revelado este misterio y, además,

que ella se consagra a que acontezca. Otro modo de decir lo mismo es que es sacramento de la unidad del género humano, unido, como familia de pueblos, por la vida fraterna de las hijas e hijos de Dios, en el Hijo único y Hermano mayor, Cristo Jesús.

Así, pues, la salvación abarca a todo el ser humano y, en el designio de Dios, a todos los seres humanos. No se refiere, entonces, a un aspecto, la salvación del alma, ni a un grupo de seres humanos, los elegidos, como quiera que se los entienda. Dios quiere que todos los seres humanos se salven o, en el lenguaje de Ezequiel, no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. La salvación cristiana es que lleguemos a ser lo que somos: por Dios, en Jesús, ya somos sus hijos. Pues bien, lo que él quiere es que nos aceptemos como tales y, por lo tanto, que nos pongamos confiadamente en sus manos y que nos entreguemos a su designio de hacer de este mundo un mundo fraterno.

Para eso tenemos que vencer, tanto el endiosamiento individualista, que no reconoce ningún lazo constituyente y que, por eso, desconoce y utiliza a los demás, y así se degrada a sí mismo; como el resignarse a ser meros miembros de conjuntos que aceptan sus reglas de juego y tratan de sacarle el mayor provecho posible, sin ninguna solidaridad de fondo. Más aún, tenemos que vencer la situación de pecado, creada por los endiosados y espesada por los que se entregan a vivir esas reglas de juego, aprovechándose al máximo de la situación.

En este juego los principales perdedores son los pobres. Más aún, a estas alturas de la historia, con el grado de desarrollo de los medios de producción, se puede decir que la existencia de pobres expresa, en todo caso, el pecado del mundo, porque es un subproducto, aunque no únicamente, de las relaciones de producción y de las relaciones sociales, que son inhumanas. Por eso, la salvación del mundo es, más en concreto, la de los pobres, porque solo cuando a ellos les vaya bien, nos irá bien a todos, en todos los aspectos. Pero sobre todo, en punto a humanidad cualitativa, en el sentido preciso de calidad humana.

La victoria de la humanidad no se obtiene con las mismas armas, en definitiva, mediante la imposición por la fuerza del dinero, del conocimiento científico-técnico, de la organización, de las armas. La victoria se da únicamente en el ejercicio desarmado de lo que somos: poniéndonos cada día más confiadamente en manos de Papá-Dios y ejercitando con creciente denuedo la fraternidad con los pobres, con los cristianos, con los otros, tanto los desconocidos como los tenidos como adversarios. Esto significa vencer al mal a fuerza de bien.

1.2. El ámbito de la salvación: la vida histórica

Si en esto consiste el contenido de la salvación, su ámbito no es un ámbito especializado, no es un espacio sacral como alternativa a lo profano, privado de calidad salvífica. El ámbito no es otro que la vida histórica. Se trata de cualificar

cada aspecto de la vida, para que transparente esa condición filial y fraterna, pero teniendo en cuenta que es una vida histórica, la cual tiene que ser no solo sanada, sino también rehabilitada, liberada y transformada, para que sea buena conductora de la filiación y la fraternidad, en vez de negarla y, por eso, volver casi heroica su realización.

Desde ese contenido y ese ámbito, el lenguaje no puede ser el lenguaje esotérico de los ritos, ni el lenguaje formalizado de las leyes, los preceptos y los dogmas. El lenguaje propio de la salvación cristiana tiene que ser, como el de Jesús, el lenguaje de la vida. Pero no un lenguaje meramente atestatorio, pues no puede limitarse a decir lo que se dice. La utilización del lenguaje común tiene que poner al descubierto la buena nueva, es decir, que en este mundo y en esta historia, cabe otro modo de vivir, que es verdaderamente humano. Tiene que ser un lenguaje que diga lo que el orden establecido oculta, que se atreva a decir su impostura, y que diga hoy y aquí palabras que enuncien la verdadera humanidad situada y de ese modo la hacen verdaderamente presente, un lenguaje performativo, que hace lo que dice o, para decirlo en términos bíblicos, el lenguaje de la palabra creadora y recreadora de Dios. De un modo u otro, tiene que ser el lenguaje de las bienaventuranzas y de las parábolas.

Desde lo que llevamos dicho, queda claro que los medios no pueden ser los del poder, no pueden equivaler a la publicidad, ni a la propaganda ni, menos aún, a la imposición por la amenaza, como hace el orden establecido. La salvación no la puede llevar a cabo una institución eficiente con medios institucionales. En el mejor de los casos, es decir, en el supuesto negado de que solo buscara el bien de los que atiende y no, también, su propio engrandecimiento, de todos modos, privaría de la condición de sujetos a sus beneficiados. Y ya hemos dicho que el sujeto de la salvación son los seres humanos, cada ser humano, como persona, es decir, como hijo de Dios y como hermano de los pobres, de los cristianos y de los otros.

1.3. Desde Jesús de Nazaret, que con su vida nos revela a la vez a Dios y al ser humano

Todo lo que hemos dicho, lo decimos desde Jesús de Nazaret, que nos revela a la vez, quién es Dios y quiénes somos nosotros. Nos lo revela a la vez, porque nos revela la relación mutua. Dios se ha revelado como nuestro Padre y así se ha revelado que nosotros estamos llamados a ser sus hijos. Nos ha revelado lo que ya existía, pero estaba oculto. La revelación es acontecimiento: al hacerse Hermano nuestro el Hijo único y eterno de Dios, nos ha hecho participar de su filiación. En Jesús se ha revelado la humanidad de Dios, porque en Jesús habita la plenitud de la divinidad corporalmente. Y lo que se ha revelado de este modo es que Dios es amor, en el sentido preciso de que es amor infinito, pero únicamente amor. De manera que en él cabe todo el poder y únicamente el poder que quepa en el amor, es decir, que sea compatible con él.

2. El papa Francisco, actualizador del espíritu y de la propuesta conciliar

Si esto es lo medular del concilio Vaticano II, la pregunta sería si esto es lo medular del papa Francisco. Vamos a verlo narrativamente, ya que no podemos entenderlo como si el papa haya estado siguiendo el guion del concilio, sino que lo tiene tan asimilado que es lo que le sale y, por eso, le sale genuina y no doctrinariamente.

2.1. Vida carismática: deshielo del invierno eclesial

El papa Francisco es la encarnación por excelencia del concilio, porque, al igual que su inspirador, Juan XXIII, es un papa carismático. Y es tan carismático que su vida crea un pentecostés, como fue la vida del papa Juan y como fue el concilio. La mejor prueba de que se deja llevar por el Espíritu es que muchos cristianos que vivían con tristeza en el invierno eclesial, o gente de buena voluntad que no encontraba ningún líder inspirador, se han sentido animados por sus gestos y por sus palabras, que interpretan como signos del querer de Dios y de la presencia vivificadora de su Espíritu. Lo característico del seguimiento espiritual de Jesús es la creatividad fiel y esa es la nota que está dando Francisco: una creatividad desbordante, que sorprende constantemente, pero en referencia constante a Jesús de Nazaret.

Otra característica de lo carismático, que encarna el papa Francisco, es que su actuación no es fruto de una tensión militante, que acaba endureciendo, sino de obediencia al impulso del Espíritu, que trabaja desde cada uno y desde la realidad. Por eso, todo se va dando en la cotidianidad, como un fruto maduro de cada situación, aunque es trascendente y fuertemente contracultural.

El liderazgo carismático, en el sentido sociológico, tal como lo teorizó Max Weber, se caracteriza por la capacidad de provocar el contagio de las masas. Es un liderazgo que consigue que las masas reaccionen como un hombre y, de esa manera, logra movilizaciones impresionantes. El precio es que roba la condición de sujeto a cada uno. No fue así Jesús, que daba que pensar y personalizaba a la masa. Lo mismo pasa con el papa Francisco. Siempre habla lentamente, en tono pausado, porque busca que la gente sopesa sus palabras para que responda desde lo más genuino de sí. Y lo que dice no son consignas, sino realidades desveladas, desde la perspectiva del Dios de Jesús.

En lo que más se nota el carácter carismático del papa es que ha despertado la esperanza en muchos que estaban como ovejas sin pastor y está provocando una primavera espiritual, para que nuevamente quepa la humanidad en este mundo, del que parecía expulsada. Por eso, el resultado no es la magnificación de la figura del papa, ya que insiste en que él es pecador y ha confesado públicamente, en diversas ocasiones, su pecado, sino la interpelación que provoca lo que propone, el que a través de sus gestos, tan dicentes, vaya aflorando ese

otro cristianismo, que parecía opacado, ese otro modo de ser humano y ese otro mundo posible.

2.2. Una expresión primaria de su libertad carismática

La clave de por qué el papa ha podido hacer tantas cosas que eran inéditas y que, conforme las va realizando, se ven congruentes con su desempeño, consiste en que sin verbalizarlo, no aceptó la figura de pontífice que se había venido forjando y que parecía una figura normativa para quien fuera nombrado papa. Desde el momento en que fue elegido, hizo saber con su comportamiento que no iba a dar por sentado lo que significaba ser Papa, es decir, lo que la curia vaticana dictaminaba que había que hacer en cada caso. No hizo ningún planteamiento programático, sino que lo ha ido realizando con congruencia.

Ni en las fuentes cristianas, ni en ningún tratado aparece la curia como perteneciente a la sustancia de la Iglesia. Se ha impuesto fácticamente, constituyéndose como el poder permanente tras el poder, digamos transitorio, de cada papa. Por eso, ha resistido a los intentos, inspirados por el Vaticano II, de reforma. Ha ido mandando, porque todos han acabado plegándose a sus dictados. Por eso, la única manera congruente de cortar esta sacralización indebida, que quita subjetividad al papa, a los obispos y, más en general, al pueblo de Dios, es cambiar de práctica. Es lo que ha venido pasando. El papa Francisco ha ido procediendo sin preguntar. De este modo, no ha acabado con la curia, sino que la va reduciendo a su papel auxiliar, no decisor, que no es disminuirla, sino relativizarla, como debe ser.

Nadie ha protestado públicamente, porque no hay argumento que oponer. Pero el que, fuera de algunos gestos de Juan XXIII, no encuentre antecedentes, hace ver la envergadura histórica y la libertad evangélica que entraña, una libertad espiritual y un impulso incesantemente discernido.

2.3. No una figura icónica sacral, sino un ser humano

Independizarse de la curia entrañaba asumir las funciones de papa desde lo que el Señor le va pidiendo, en el acontecer histórico. Esta decisión suponía que ser papa no era asumir un nuevo tipo de existencia: transfigurarse en el vicario de Cristo. Era asumir una función: confirmar a los hermanos en la fe, desde la función de obispo de Roma. Esto es lo que ha ido haciendo desde el camino desacralizador que abrió la renuncia, verdaderamente histórica, de Benedicto XVI.

Desde el atuendo hasta los gestos evidenciaron el cambio respecto de lo que se suponía que debía ser y hacer un papa. Mantener el anillo y el pectoral que tenía de obispo, que no eran de oro, así como los zapatos, hablaba de que ser papa no era distancia y categoría; el pedir la bendición antes de darla, quería decir que necesitaba ser ayudado para ayudar, que la bendición de los demás era el requi-

sito para que él pudiera ser bendición para ellos. Por eso, pide siempre y a todos que oren por él.

El no confinarse en las habitaciones papales decía a todo el que quisiera entenderlo que no deseaba aislarse en ese espacio tenido como sagrado; que como ser humano, necesitaba convivir para poder ser para los demás. ¿Cuántos siglos hacía que un papa no se recluía en sus habitaciones? Probablemente tantos como lo que dura la cristiandad. Se trata de sociabilidad, que no deja de lado la soledad, pero que no pide tampoco, como sucede con los que se definen como hombres públicos, uno o varios anillos de aislamiento para proteger su seguridad, su tiempo y su intimidad, de manera que solo tenga las relaciones que él haya previsto.

La elección sistemática de la convivencia llega a desbordar las pautas de un hombre público, por ejemplo, en el tema de la seguridad. No solo se salta el protocolo constantemente, sino que cuando fue a Río de Janeiro o a Corea, y así lo ha repetido en otros lugares, va con los vidrios bajos y en un carro, digamos, proletario. Así, durante su visita a Tierra Santa, en medio del conflicto armado, pidió como condición ir sin guardaespaldas y fraternizar con la gente. No es que sea una persona que desafía el peligro, un inconsciente o un iluminado, que se cree a salvo de él. Es un representante de Jesús de Nazaret, que cree que su deber es seguirlo, en este punto.

Tematicemos el caso del carro. Cuando salió del aeropuerto de Río de Janeiro en ese “mini”, me quedé muy sorprendido y me puse a pensar hasta cuándo teníamos que regresar en la historia para encontrar un equivalente. Sin duda, hasta antes del concilio de Nicea, cuando el emperador Constantino hizo que los obispos fueran traídos en literas senatoriales. Esto dice a las claras que, para él, ser el obispo de Roma no es un rango social. Y no lo es porque Dios no es el que corona, trascendiéndolas, las jerarquías sociales. Representar a Cristo es representar a quien dijo que quien quisiera ser el mayor se hiciera el más pequeño, como el Hijo del Hombre, que no había venido a ser servido, sino a servir y dar la vida.

El papa tiene claro que él, y quienes lo apoyan en su servicio en el Vaticano, no son dueños. Así se lo dice a los encargados más cercanos:

¿Quién es el dueño de esta casa? La Casa pontificia es de todos los miembros de la Iglesia católica, que aquí experimentan hospitalidad, calor familiar y apoyo para su fe. Y el verdadero dueño de casa es el Señor, de quien todos nosotros somos discípulos, servidores de su Evangelio¹.

Francisco se presenta siempre como un ser humano entre seres humanos, sus hermanos. Francisco no quiere confinarse en los muros del Vaticano, ni en la imagen icónica del papa. Su instinto cristiano le dice que es indispensable

1. A los encargados de la antecámara pontificia y a sus familiares, 16 de enero de 2014.

permanecer en la cotidianidad, en ese campo del mundo y, en definitiva, de Papá-Dios, donde andan juntos, y así es bueno que sea, el trigo y la cizaña.

En este aspecto, tan básico, Francisco se parece mucho más a Jesús que a los papas precedentes, al menos, desde del siglo III. No es una figura sacral, colocada en la cúspide social, sino alguien que está ante Dios, como están los pobres ante quien puede ponerlos a valer, y, por lo tanto, alguien que está ante sí mismo y ante los demás, sirviendo desde abajo y hablando y obrando con sencillez. Por ejemplo, qué papa, sin avisar previamente, se ha puesto en la fila en el comedor de los empleados del Vaticano para recoger en una bandeja su comida y sentarse en una mesa, donde había un puesto libre, para comer con los trabajadores. Insistimos que no es para hacerse el simpático, ni para ganarse a nadie, sino que es un acto propio y normal de su ministerio de obispo de Roma y de representante de Jesucristo, aunque hasta ahora haya sido algo inédito.

La cámara recogía, para poner otro ejemplo, los gestos de sorpresa e incluso de incredulidad, y, finalmente, de alegría desbordante, cuando los gitanos empezaron a avistar en su gueto al papa en persona, que venía sin avisar y sin un cordón de guardaespaldas, ni de monseñores. Esa presencia desarmada y fraterna fue para ellos, nada más y nada menos, que la humilde y gratificante presencia de Jesús de Nazaret.

En su viaje a Corea se reunió con las familias de las víctimas de un ferri que se había hundido y se puso una escarapela de solidaridad. Le avisaron que podía malinterpretarse como un gesto político y que él tenía que ser neutral, pero respondió que “con el dolor humano, no se puede ser neutral”².

Así también hay que interpretar, en su reciente viaje a México, el gesto de saludar, e incluso abrazar, uno a uno, a muchos presos, y de besar y ser besado, e incluso abrazado, por las presas. No era un acto demagógico, sino una muestra de cercanía, incluso de comunión, humana. La que ha repetido este Jueves Santo con los refugiados.

Francisco destaca por su humanidad, en la que se incluye la relación con Dios, pero una relación integrada a la vida. Digamos que está en el mundo, claro que como obispo de Roma y como cristiano, pero entendiendo que serlo es vivir humanamente en el mundo, tal como vivió Jesús, y no es, ante todo, pertenecer a una institución, ni ser su representante, aunque así sea y lo ejerza. Tiene que estar en el mundo, porque Dios se revela en la vida histórica: “Dios se ha revelado como historia, no como un compendio de verdades abstractas”³. Por eso, viviéndola honradamente, en seguimiento de Jesús, es como se encuentra con él y puede representarlo.

2. En el vuelo de Corea a Roma, 18 de agosto de 2014.

3. Entrevista con el director de *La Civiltà Cattolica*, 19 de agosto de 2013.

El Evangelio de Jesús se realiza en la historia. Jesús mismo fue un hombre de periferia, de la Galilea lejana de los centros del poder del Imperio romano y de Jerusalén. Se encontró con pobres, enfermos, endemoniados, pecadores, prostitutas, reuniendo en torno a sí a un pequeño número de discípulos y a algunas mujeres que lo escuchaban y lo servían. Sin embargo, su palabra fue el comienzo de un cambio en la historia, el comienzo de una revolución espiritual y humana, la buena nueva de un Señor muerto y resucitado por nosotros. Y nosotros queremos compartir este tesoro⁴.

Por eso, encarnarse no dice solamente referencia al lugar, sino también al tiempo. Es asumir este tiempo que nos toca vivir. Se nos pide vivir el hoy con fidelidad creativa.

2.4. Salir, estar en misión, no como un operativo, sino como cristiano

Francisco está en el mundo como cristiano y como punta de lanza de la comunidad cristiana. Pero está volcado a los de fuera, haciéndoles sentir que para un verdadero cristiano no hay nadie que esté radicalmente afuera, porque por todos vivió y murió Jesucristo y en todos derramó su Espíritu, y todos son hijos de Dios y, por lo tanto, hermanos. Estar vuelto a ellos es certificarles de modo concreto esa fraternidad, que nada tiene de proselitista, que se ejerce con sencillez y verdad, como buena nueva.

¿Cuál es el sentido de esta expresión, salir, que tanto utiliza, casi como consigna? Si estamos encarnados, si vivimos como seres humanos concretos, estamos ante todos y con todos los seres humanos. No tenemos que salir a buscarlos. El desplazamiento es meramente espacial, pero el medio es homogéneo: la humanidad. Pero si estamos en lo particular, si nuestro mundo de vida es una institución o una cultura, o un grupo de referencia por afinidad o complacencia, o interés, entonces, sí tenemos que salir, si queremos vivir como hermanos de todos los seres humanos.

La salida, pues, es de lo particular a lo concreto, de lo que se especifica por alguna nota a lo que se especifica por su humanidad, que se da siempre en concreto. Por eso, nos pide que salgamos a buscar a los que hemos dejado fuera, sea porque son diferentes o porque los consideramos inferiores, o porque los tenemos o se tienen como enemigos, o porque son de otra religión o no tienen ninguna.

El papa se fija de un modo pormenorizado en los que están fuera del orden establecido: “Los pobres son los compañeros de viaje de una Iglesia en salida”. Salir tiene un significado especial en nuestras ciudades anónimas, individualistas. Es lo que el papa pide, ante todo, a los laicos.

4. A los participantes en el IV Congreso Misionero Nacional, organizado por la conferencia episcopal italiana, 22 de noviembre de 2014.

Los fieles laicos, sobre todo, están llamados a salir sin temor para ir al encuentro de los hombres de las ciudades: en las actividades diarias, en el trabajo, como particulares o como familias, junto con la parroquia o en los movimientos eclesiales de los que forman parte, pueden derribar el muro de anonimato e indiferencia que a menudo reina indiscutiblemente en las ciudades. Se trata de encontrar la valentía de dar el primer paso de acercamiento a los demás⁵.

Por eso, el papa Francisco, como sale de lo particular y vive en la humanidad, se interesa por todo; pero no porque se crea con derecho a intervenir en todos los ámbitos, desde su suprema autoridad sagrada, sino como ejercicio desarmado de fraternidad, haciendo que su palabra, sea escuchada o no, sea, al menos, plausible, porque se da, no desde fuera y desde arriba, sino desde el ámbito compartido de la humanidad. Así, ha hablado al Consejo de Europa y al Parlamento Europeo, o al Congreso de Estados Unidos, o a la Asamblea General de las Naciones Unidas, o a la FAO, o al cuerpo diplomático acreditado en el Vaticano o a los presidentes de los países que visita. Siempre habla con la verdad por delante, pero una verdad que, aun cuando pueda sonar dura, se presenta como una oportunidad de avanzar en humanidad para aquellos a los que se dirige. Su propuesta siempre incluye salir servicialmente a los humillados y ofendidos, como camino inexcusable de humanización.

Desde esa posición personal, insiste en la primacía concreta de la persona humana sobre cualquier otra consideración, y esto no solo para la convivencia, sino también para las políticas y el comportamiento de las corporaciones mundializadas y de los gobiernos de los países y los organismos internacionales. A la FAO, por ejemplo, le dijo lo siguiente:

La persona y la dignidad humana corren el riesgo de convertirse en una abstracción ante cuestiones como el uso de la fuerza, la guerra, la desnutrición, la marginación, la violencia, la violación de las libertades fundamentales o la especulación financiera, que en este momento condiciona el precio de los alimentos, tratándolos como cualquier otra mercancía y olvidando su destino primario. Nuestro cometido consiste en proponer de nuevo, en el contexto internacional actual, la persona y la dignidad humana no como un simple reclamo, sino más bien como los pilares sobre los cuales construir reglas compartidas y estructuras que, superando el pragmatismo o el mero dato técnico, sean capaces de eliminar las divisiones y colmar las diferencias existentes. En este sentido, es necesario contraponerse a los intereses económicos miopes y a la lógica del poder de unos pocos, que excluyen a la mayoría de la población mundial y generan pobreza y marginación, causando

5. A los participantes en la plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos, 7 de febrero de 2015.

disgregación en la sociedad, así como combatir esa corrupción que produce privilegios para algunos e injusticias para muchos⁶.

Desde la primacía de la persona, que es relación, viene su insistencia en el encuentro y el diálogo.

2.5. De una Iglesia de puertas cerradas a una de puertas abiertas

El papa reclama esa actitud a la pastoral. Solo se permanece en Dios saliendo a entregarlo. Lo más elemental es no contentarse con tener abiertas las puertas y esperar a que vengan, sino salir al encuentro con el convencimiento de que, como todos los seres humanos somos imágenes de Dios, todos pueden percibir a Jesús como evangelio, y además, lo hacemos siguiendo el movimiento de Jesús de “salir” de la comunidad divina para encarnarse en la nuestra.

Pero el discípulo misionero que sale a llevar a Jesucristo, tiene que tener siempre en cuenta que antes de que él llegue, ya había llegado Dios, las semillas del Verbo y su Espíritu. Por eso, antes de hablar, tiene que hacerse cargo y recibir lo que el Señor ya había sembrado. Solo desde ahí se puede partir.

Francisco cree que hay que dar otro paso más. Ser también una Iglesia en camino, como vivió Jesús, que los cristianos se conviertan en compañeros de camino de los seres humanos, sobre todo, de los descaminados, para en el camino evangelizarlos a Jesús de Nazaret como se comunica un tesoro encontrado. Esta escucha de la gente es indispensable para que la Iglesia perciba lo que Dios quiere y hable con credibilidad. Esta salida, para ser cristiana, tiene que tener los armónicos de la cercanía y del encuentro, en una relación horizontal y mutua, que llega hasta la constitución de un nosotros.

El papa Francisco nos avisa que no tenemos que tener miedo de ir a las periferias extremas, ya que, precisamente en ellas, nos espera Jesucristo. Pero además de encontrarnos con Cristo en el pobre, también tenemos que salir a las periferias a dar a Cristo en los evangelios.

2.6. Adentro y abajo con relaciones entrañables con los pobres

La encarnación en una situación de pecado tiene que ser necesariamente por abajo. Por eso, desde su primera alocución a la prensa, dejó claro su anhelo de que la Iglesia fuera una Iglesia pobre para los pobres. Y por eso, las celebraciones más solemnes del año litúrgico las ha celebrado con esos sobrantes, entre los que siempre se han incluido personas de cultura no occidental y de religión no cristiana. Y fue a esos lugares a encontrarlos.

6 *Ibidem.*

En efecto, en sus viajes apostólicos nunca falta la visita a los presos, que además son casi siempre pobres, a los enfermos, también casi siempre pobres, a veces niños y otras ancianos, a inmigrantes y refugiados, como también a dos sectores especialmente golpeados por el sistema y decisivos para una alternativa humanizadora, los jóvenes y las familias, y también a los trabajadores, a los movimientos populares y a los solidarizados con todos ellos.

¿Quién recuerda a un papa inclinado hasta el suelo para besar realmente el pie de un excluido o abrazando despaciosamente a una persona deformada por su enfermedad? Y lo que todos captan es que son gestos humanos, y no la pose de un líder para hacerse propaganda o para hacer un acto de humildad. No es casual que su primera salida fuera del Vaticano la hiciera a Lampedusa, después del naufragio de esos emigrantes, que dejó cientos de víctimas. Todo el mundo fue testigo de que no fue un acto protocolar, sino un acto de cercanía, de solidaridad, de toma de partido y de reparación.

Francisco, desde la autoridad que da esa cercanía cordial, defiende a los pobres, a los diferentes tenidos como inferiores, a los inmigrantes, a los niños, a los jóvenes y a los ancianos descartados. Desde ellos, acusa al sistema que los produce y los mantiene. Por esa razón califica a este sistema como fetichista, pues vive de víctimas, y lo ha acusado frontalmente de matar sistemáticamente, al excluir del trabajo, de la asistencia social y de la posibilidad de tener una vivienda a un número creciente de personas, entre las que destaca a los ancianos, los jóvenes y los inmigrantes del tercer mundo. Y lo más grave es que esto ocurre cuando el desarrollo de los medios de producción da para que nadie sea pobre. Por eso, insiste en que “la medida de la grandeza de una sociedad está determinada por la forma en que trata a quien está más necesitado, a quien no tiene más que su pobreza”⁷. Además, el papa Francisco es capaz de ver que estos excluidos acogen al mismo Dios. “En la casa de los pobres, Dios siempre encuentra sitio”⁸. Frente a la primacía del dinero y del poder que excluyen, coloca la verdadera grandeza de hacer el bien.

Como todavía el papa está envuelto en un aura de popularidad, pocos se atreven a desmentirlo de manera abierta, aunque ya empieza a darse el caso de contrapuntear públicamente sus declaraciones. Ciertamente, a los responsables de esta situación de pecado no tiene que hacerles ninguna gracia. De hecho, en Internet se puede advertir ya una guerra sorda, pero persistente y en aumento, y, más aún, en las declaraciones de los intelectuales del sistema.

7. Visita a la comunidad de Varginha, Río de Janeiro, 25 de julio de 2013.

8. Encuentro con el episcopado brasileño, Río de Janeiro, 27 de julio de 2013.

2.7. La lógica de la encarnación

La lógica de la encarnación lleva a Francisco a hacerse cargo de los problemas y a encargarse de ellos, dado que afectan a la humanidad, desde el paradigma de Jesús. Por eso, denuncia la inhumanidad de un modo de vida signado por la prisa, que impide relaciones humanizadoras. Asimismo, denuncia la actitud resignada y la apocalíptica, que creen que ya no se puede hacer nada y que Dios es el único que puede arreglarlo todo con un golpe de fuerza. Pero Dios solo interviene a través de nosotros, por lo tanto, no podemos resignarnos a la deshumanización actual.

Frente a esta actitud cínica o descomprometida, el papa Francisco piensa que este momento histórico empuja a buscar caminos. El norte es el sentido absoluto de lo humano.

[E]sto es muy importante para mí: el hombre está en el centro. En este momento de la historia, al hombre se le ha echado del centro, se le ha apartado a la periferia, y en el centro —al menos en este momento— está el poder, el dinero. Y nosotros debemos trabajar por las personas, por el hombre y por la mujer, que son imagen de Dios⁹.

El papa Francisco recoge con fuerza la convicción medular del cristianismo de que la dignidad humana es inalienable. Es indispensable formar en ella, sobre todo, a los que tienen un desempeño público. Ella será la base para el trabajo común con los creyentes de otras religiones y con los no creyentes, que comparten esta visión del ser humano.

Lo más elemental de todo y, por eso, la primera prioridad, es la defensa y la promoción de la vida humana. A la defensa de la vida y de su carácter inviolable, ayuda considerarla como un don de Dios. Por consiguiente, el papa denuncia las nuevas formas de esclavitud: el trabajo forzado, el trabajo esclavo, la prostitución, el tráfico de órganos y la droga. En ellos, de modo especial, nosotros, los cristianos, reconocemos el rostro de Jesucristo, que se identificó con los más pequeños y necesitados.

A la defensa de la vida se asocia la defensa de la familia, el lugar donde se cría y modela la vida humana, en su calidad de humana y su comunitariedad.

Francisco es consciente del valor insustituible del trabajo para sentirse digno, como medio para humanizarse, además de ser un medio para vivir. Razón por la cual insta a la protección internacional del trabajo para que, en la globalización, los empresarios no se aprovechen de la mano de obra infravalorada y quiten puestos de trabajo donde se valora. Asimismo, pide reconocimiento para los derechos de los trabajadores, sacrificados en este sistema, que solo cuida el dinero.

9 A un grupo de jóvenes flamencos, 31 de marzo de 2014.

Es necesario, pues, combatir “un sistema económico que tiene en el centro un ídolo, que se llama dinero. Dios ha querido que en el centro del mundo no haya un ídolo, sino que esté el hombre, el hombre y la mujer, que saquen adelante, con su propio trabajo, al mundo”¹⁰. Por eso, el papa interpela a todos los poderes públicos y privados y a toda la sociedad, para que con justicia, solidaridad y creatividad, contribuyan a resolver este gravísimo problema.

En el primer encuentro con las organizaciones populares, caracteriza en toda su amplitud y trascendencia la solidaridad.

Es pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra y la vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales¹¹.

Otro problema impostergable es el de la violencia, que llega hasta la guerra. En primer lugar, el papa se refiere al cinismo de hablar de paz, mientras prolifera impunemente el tráfico de armas. Tenemos que abrir los ojos y aceptar que estamos en guerra y que Dios no quiere la guerra por ningún motivo. Frente a ese modo inhumano y devastador de procesar las diferencias y los conflictos, el papa Francisco coloca como alternativa cristiana el diálogo. Es de destacar sus palabras tan concretas, pertinentes y mesuradas para intentar poner fin al conflicto entre israelitas y palestinos. En efecto, citando a Benedicto XVI, pide y espera que, mediante el diálogo, prevalezca “la fuerza moral del derecho” sobre la “material de las armas” para que sea “posible desarrollar una comunión en las diferencias”¹².

Este caminar juntos, respetando los derechos de todos, reconocidos por la ley y la práctica jurídica, y construyendo la paz, es lo que pide a las autoridades. Así, a los cristianos de Sri Lanka les pide “colaborar con el adversario de ayer para construir juntos el mañana”, que “es la única senda que nos da esperanza de futuro, esperanza de desarrollo y esperanza de paz”¹³. De una manera más general, el papa pide que se respete el derecho a la libertad religiosa, desde

10. Encuentro con el Mundo Laboral, Cagliari, 22 de septiembre de 2013.

11. A los participantes en el encuentro mundial de movimientos populares, 28 de octubre de 2014.

12. A los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, 13 de enero de 2014.

13. A los fieles precedentes de Sri Lanka, con motivo del 75.º aniversario de la consagración de la Iglesia dedicada a la Virgen María, 8 de febrero de 2014. Esto lo amplía en su saludo a las autoridades, en el viaje a ese país, donde detalla las condiciones de la reconstrucción y la reconciliación nacional. Ceremonia de bienvenida, aeropuerto internacional de Colombo, 13 de enero de 2015.

la búsqueda honrada del sentido y de los fundamentos de la existencia, hasta profesar y vivir cada quien sus convicciones religiosas, privada y públicamente, respetando las de los demás y dirigiéndolo todo al bien común.

Lo opuesto al encuentro y el diálogo es la intolerancia, que lleva a la persecución de las minorías diferentes y al reclutamiento forzoso de jóvenes e incluso niños. Esa es la razón de los millones de refugiados por los que clama constantemente.

La alternativa al terrorismo es la solidaridad de todos, basada en el reconocimiento de los derechos humanos y comprometida con la tarea común de lograr una vida digna y sostenible. El respeto y el perdón deben vencer esas actitudes que tanto daño están causando.

El papa aplica estos principios a los cristianos a los que se les quiere hacer desaparecer del Oriente Medio, donde han vivido dos mil años. Pide que se les permita vivir para que sean fuente de confluencia entre las diversas culturas. Lo mismo pide y espera en los países de África y de Asia. Lo fundamental en cada caso es que prevalezca el bien común, que conjuga las diferencias.

El fanatismo, advierte, no puede ser combatido con una agresión masiva, mucho menos si la iniciativa la toma una potencia de la cual legítimamente pueden sospecharse intenciones imperialistas. En estos casos, el camino son las Naciones Unidas. El papa aplica este principio a los bombardeos al Estado islámico, en Siria e Irak. El fanatismo tampoco puede ser combatido convirtiendo a colectivos en chivos expiatorios, a los cuales se atribuye falsamente ser los causantes de todos los males y, en consecuencia, se pide su destrucción. Es necesario buscar las verdaderas causas y ponerles remedio.

La pena de muerte es otra forma de violencia inhumana, para el papa, así como también la mafia, a la cual enfrenta abiertamente.

Tampoco tenemos que resignarnos al hambre inveterada, causada por la devastación dejada por la guerra, por la falta de oportunidades, la estrechez y el desgaste. El hambre lleva a la emigración masiva y a los campos de refugiados casi sin esperanza, porque nadie los acoge. El papa insiste en que no basta con afrontar las situaciones críticas, sino que ha llegado la hora de enfrentar el problema de las migraciones de manera estructural.

Lo mismo que dice de los alimentos, lo dice del agua. Así, advierte sobre el creciente apoderamiento privado de los acuíferos. “El agua no es gratis, como muchas veces pensamos. Será el grave problema que puede llevarnos a una guerra”¹⁴. En ese mismo sentido, la explotación de los recursos naturales que degrada la naturaleza también es violencia.

14. Saludo al personal de la FAO, 20 de noviembre de 2014.

Otra forma de violencia, que degrada al ser humano y se convierte en una tremenda tentación por las ganancias tan exorbitantes que genera, es el narcotráfico. La única solución es, además de la rehabilitación de los adictos, crear oportunidades de superación humanizadora para todos los jóvenes. La corrupción, sobre todo, de los grandes, sean políticos o inversionistas, es violencia triunfante, eludida ordinariamente por el derecho penal.

No obstante, la madre de las violencias es, según el papa, el dinero que, en vez de servir a los seres humanos, se convierte en el señor a quien los seres humanos sirven y a quien sus sacerdotes, los grandes inversionistas, sacrifican la vida de las grandes mayorías. Por eso, Francisco pide a los responsables que pongan coto a estas operaciones especulativas y que se consolide otro sistema, en el cual se puedan conjugar la ganancia y la solidaridad.

Ahora bien, los cristianos no solo tenemos que dialogar sinceramente como una de las partes en conflicto. Nuestra condición de hermanos de todos nos tiene que llevar a ser verdaderos mediadores. Este diálogo es el que el papa pide, por ejemplo, para solucionar la guerra de Siria. La exhortación concluye con una plegaria ardiente: “Dios convierta a los violentos. Dios convierta a aquellos que tienen proyectos de guerra. Dios convierta a los que fabrican y venden las armas, y fortalezca los corazones y las mentes de los agentes de paz y los recompense con sus bendiciones”.

El diálogo y el encuentro tienen que llegar hasta la colaboración estructural. El papa se interesa por que los pueblos lleguen a acuerdos, se felicita por aquellos acuerdos logrados entre diversos países o entre facciones de un mismo país y expresa su viva esperanza de que otros alcancen lo mismo.

Ahora bien, el diálogo avanza cuando se dan ciertas premisas o unas determinadas coordinadas. El papa señala dos fundamentales: la justicia y la solidaridad, que incluyen medios de vida y de trabajo para todos. Encaminarse a lograrlos, conduce a la verdadera paz. El diálogo no puede ser solo entre los gobiernos. Primero tiene que acontecer entre los ciudadanos, los cuales deben animar al diálogo y arbitrar caminos para superar la situación dada. En él han de tener cabida las asociaciones de solidaridad y, sobre todo, los movimientos populares.

Lo que el papa ofrece, en nombre de los cristianos, para superar estos problemas, es la atención amante de cada uno. Por eso, señala la incongruencia y la monstruosidad de escudarse en Dios para atentar contra los seres humanos. Al dirigirse al Consejo de Europa, manifiesta que religión y sociedad pueden apoyarse e incluso ayudarse mutuamente para corregir sus posibles desviaciones. Y a las conferencias episcopales, tanto en las visitas *ad limina* como en sus viajes a los diversos países, siempre les pide que se ocupen de lo público, desde el espíritu del evangelio, pero sin sustituir a los poderes públicos.

3. Hacia una Iglesia pobre de los pobres

Ahora bien, esto que el papa Francisco dice a la sociedad, lo dice también, y muy en concreto, a la institución eclesial. Lo dice con autoridad, porque él es personalmente austero y buena parte de los cambios introducidos tienen que ver con eso, empezando por sus ropas, su anillo y su cruz pectoral, que proyectan su imagen.

Cuando insiste una y otra vez que un cura o un obispo no pueden tener un carro lujoso, tiene autoridad para decirlo. Lo mismo que cuando recuerda a las y los religiosos que esos conventos vacíos no pueden venderse como hoteles de lujo, sino que tienen que ponerse a disposición de esos sobrantes, que no encuentran techo, ya que ese sería el modo de revitalizar a las propias congregaciones. Más en concreto, a las parroquias y diócesis de Europa les ha pedido que acojan a inmigrantes. El que celebrara su cumpleaños comiendo con cuatro pobres, expresa esta voluntad radical de compartir con ellos: compartir la celebración, como hacía Jesús. De ahí que insista en que la atención a los pobres no es cosa de especialistas, sino que incumbe a todo el cuerpo eclesial y es la prueba de su salud espiritual.

Ahora bien, la opción por los pobres tiene que llegar a considerarlos no solo como los destinatarios de nuestra acción, sino también como sujetos valiosos, como el tesoro de la Iglesia. Esto mismo dice el papa a los teólogos: “deben permanecer a la escucha de la fe vivida por los humildes y los pequeños, a quienes el Padre quiso revelarles lo que había ocultado a sabios e inteligentes”¹⁵.

3.1. No reforma disciplinar, sino una verdadera conversión

Muchos colectivos progresistas, desde el comienzo de su pontificado, propalaron escritos con medidas disciplinares, que proponían al papa. Gracias a Dios, el papa no los ha escuchado.

Lo suyo es, como fue lo del papa Juan y lo del concilio, una primavera del Espíritu. El fruto tiene que ser un florecimiento de la humanidad, que hizo presente Jesús. Esa conversión tiene que ir cambiando las estructuras. Pero primero es el cambio de las personas. Si no se sigue ese camino, estaríamos en el concilio de Trento, una reforma necesaria, pero fundamentalmente disciplinar. Se cambiaron las costumbres, pero a costa de la libertad y, por lo tanto, del Espíritu. La relación con Dios se objetivó tanto, que el cumplimiento de lo pautado acabó por sustituir la relación personalizada con él. Y con la ley salió ganando la institución, tanto que, de hecho, sustituyó a la Iglesia. Por eso, en su alocución de preparación de la navidad describió las enfermedades de la curia con la esperanza firme de que se sometiera a la dureza de la cura y con fe en la

15. A los miembros de la Comisión Teológica Internacional, 6 de diciembre de 2013.

acción del Espíritu. Supone mucho amor exponerse de un modo tan abierto a su malquerencia, por el afán de su aprovechamiento espiritual.

Esa es la razón profunda por la cual el papa hace signos como Jesús. El reino de Dios no vino como un golpe de fuerza, sino como una semilla, que germina en lo hondo de los corazones. Una prueba sobresaliente del carácter no disciplinar de la reforma que el papa lleva adelante en la institución eclesiástica, es el paradigma que pone delante de los jueces eclesiásticos para que lo concedan. Esta misma actitud, no inquisitorial, sino pastoral, es la que pide al confesor. Lo mismo pide al educador católico, un humanista integral con experiencia viva del Señor, además del profesionalismo, como indicativo del respeto a los educandos. Lo mismo dice a los que enseñan y aprenden en las universidades pontificias. Este mismo sentido trascendente, no disciplinar, lo aplica a las vocaciones, a la formación y a la misión. Por ningún lado aparece la institución eclesiástica, sino el servicio a la comunidad y al mundo, el seguimiento a Jesucristo, el cual tiene que ser introducido y cuyo llamado tiene que proseguir. También a la vida consagrada le pide que deje las estructuras y las costumbres que no vehiculan ya al carisma. Esta vuelta al carisma sin descansar en los métodos, sacralizándolos de hecho, es su mensaje a los nuevos movimientos y comunidades.

Este carácter de buena nueva de su ministerio, alejado de los legalismos, que han causado heridas profundas, se expresa de modo sobresaliente en la manera como encara el ecumenismo. El papa se eleva a la trascendencia, que nos iguala y nos une.

Francisco propone una buena nueva, no una ley. Y por eso, la propone con alegría, como un acto de solidaridad. No es casualidad que su primera carta apostólica se llame *La alegría del evangelio*. En definitiva, eso es lo que tiene para dar: la humanidad que brota del evangelio y de Jesús de Nazaret, el foco emisor de esa humanidad. Por eso habla de Jesús como un acto de compañerismo, como una oportunidad que no puede dejarse pasar.

Todo esto puede parecer muy hermoso, pero muy volátil. ¿No serían más eficaces medidas concretas, reformas específicas? ¿No sería eso lo que habría que esperar de un papa? La adecuada jerarquización de prioridades ya la planteó Medellín, en su momento, experimentado como de extrema urgencia para el continente. “No tendremos un continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras; sobre todo, no habrá continente nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables” (1,3). Si no se da esa renovación personal, lograda en el trato con Papá-Dios, hasta ponerse en sus manos y entregarse a su designio, y en el ejercicio de la fraternidad, tanto con los pobres como con los cristianos y con los diferentes, incluso con los tenidos como hostiles, ¿quién será el que renueve las estructuras en ese sentido humanizador?

Este método no disciplinar, que descarta la lógica organizacional y la mera democracia de hacer lo que quiere la mayoría, el propósito trascendente de ir todos más allá de sí mismos y preguntarse lo que sería hoy el equivalente de lo que Jesús dijo e hizo en su situación, es lo que ha dado el tono a la intervención del papa en el sínodo sobre la familia.

El papa Francisco nos propone las actitudes básicas de Jesús: salvar lo que estaba perdido, yendo a buscar al pecador, siendo portadores de la misericordia de Dios, que es capaz de rehabilitar. Esto no lo podemos llevar a cabo como funcionarios, sino como personas henchidas de la misma misericordia de Dios, de la cual también nos sabemos necesitados. Cualquier medida que no dimane de esta actitud, no conduce a la salvación cristiana.

Eso mismo propone de modo muy concreto a los obispos: “Sed pastores con el olor de las ovejas, presentes en medio de vuestro pueblo, como Jesús Buen Pastor”¹⁶. La gente ha asumido tan entrañablemente este lenguaje del papa que *oler a oveja*, como signo de la autenticidad del ministerio de un obispo o de un cura, se ha convertido en una verdadera consigna eclesial.

3.2. Desde la situación de minoría, asumida sin complejo

Implica una inmensa valentía reconocer, como lo hace el papa, que el cristianismo, excepto en algunas regiones, es una minoría, en la actualidad. Desde su fe esperanzada, llama a la Iglesia a volverse hacia su Señor vivo y salir a dar vida y a acoger. A los nuevos obispos les advierte:

... no [ser] obispos apagados o pesimistas, que, apoyados solo en sí mismos y, por lo tanto, rendidos ante la oscuridad del mundo o resignados a la aparente derrota del bien, ya en vano gritan que el fortín es asaltado. Vuestra vocación no es la de ser guardianes de un montón de derrotados, sino custodios del *Evangelii gaudium*¹⁷.

A los jóvenes de Asia, reunidos en Seúl, les insiste que cuando reina la idolatría del dinero, del poder y del placer y parece que Dios hubiera sido echado del mundo, deben vivir su fe en Cristo resucitado, que ha vencido al mundo, aunque no mundanamente, sino superando al mal con el amor.

Desde la ley de la encarnación, el cristiano no puede encerrarse en sí mismo. La Iglesia no puede ser autorreferencial. Tiene que ir a las periferias para fecundar al mundo, desde los que el mundo desecha. Su reinterpretación de la parábola del pastor, que deja el rebaño para buscar a la oveja perdida, no puede ser más descarnada y elocuente.

16. A los participantes en el congreso para los obispos de nuevo nombramiento, organizado por la Congregación para las Iglesias Orientales, 19 de septiembre de 2013.

17. A los nuevos obispos nombrados durante el año, 18 de septiembre de 2014.

En el Evangelio es bonito ese pasaje que nos habla del pastor que, cuando vuelve al ovil, se da cuenta de que falta una oveja: deja las 99 y va a buscarla, a buscar una. Pero, hermanos y hermanas, nosotros tenemos una; ¡nos faltan 99! Debemos salir, ¡debemos ir hacia los demás! En esta cultura —digámonos la verdad— tenemos solo una, ¡somos minoría! ¿Y sentimos el fervor, el celo apostólico de ir y salir y buscar a las otras 99? Esta es una gran responsabilidad y debemos pedir al Señor la gracia de la generosidad y el valor y la paciencia para salir, para salir a anunciar el Evangelio¹⁸.

Estas palabras tienen la autoridad del que lo lleva a cabo incansablemente y sin ningún complejo, en la cotidianidad y con la alegría de comunicar un verdadero tesoro. Ahora bien, el secreto, el rumbo y la fuerza de esta salida solo pueden venir del encuentro vivo con Cristo.

3.3. El motor: el encuentro con Jesús de Nazaret

Finalmente, es necesario hablar del tesoro que llena y conmueve y mueve a Francisco y a todos los creyentes sinceros: Jesús de Nazaret, su Padre y el Espíritu de ambos, y la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, que instauran y promueven.

El papa habla de Jesús personalmente, por experiencia. A un grupo de jóvenes les dice, por ejemplo, refiriéndose a su vida religiosa:

... sesenta años por el camino del Señor, siguiéndole a Él, junto a Él, siempre con Él. Solo os digo esto: ¡no me he arrepentido! ¡No me he arrepentido! ¿Por qué? ¿Porque me siento Tarzán y soy fuerte para seguir adelante? No, no me he arrepentido porque siempre, incluso en los momentos más oscuros, en los momentos del pecado, en los momentos de la fragilidad, en los momentos del fracaso, he mirado a Jesús y me fie de Él, y Él no me ha dejado solo¹⁹.

Una constante en la espiritualidad del papa es que en la relación con Jesús, él es el primero y es una relación constante. Nuestra relación es siempre respuesta: “Yo busco a Jesús, yo sirvo a Jesús porque Él me ha buscado antes, porque he sido conquistado por Él: y este es el núcleo de nuestra experiencia. Pero Él es el primero, siempre”²⁰.

Cuando habla a los obispos, a los curas, a los jóvenes y, en general, a cualquier tipo de cristianos, lo primero que les comunica es la alegría de haber encontrado a Jesús, de seguirlo y de llevarlo a los demás.

18. A los participantes en la Asamblea Diocesana de Roma, 17 de junio de 2013.

19. Encuentro con el Mundo Laboral, Cagliari, 22 de septiembre de 2013.

20. En la homilía en la fiesta de san Ignacio, en el Gesú, 31 de julio de 2013.

Ante todo quisiera compartir con vosotros *la alegría de ser sacerdotes*. La sorpresa siempre nueva de haber sido llamado, más aún, de ser llamado por el Señor Jesús. Llamado a seguirle, a estar con Él, para ir hacia los demás llevándoles al Señor, su Palabra, su perdón [...] No hay nada más hermoso para un hombre que esto, ¿verdad?²¹

Ahora bien, si correspondemos a su relación constante, entramos en la dinámica del amor y nos descentramos y salimos a los demás. Por eso, su propuesta de Jesús no es la venta de un producto para ganancia de la institución. El papa ofrece a una persona viva, a una compañía actuante y salvadora. Eso pide a los representantes pontificios o a los catequistas. Ese tiene que ser el núcleo infaltable de todo proyecto pastoral. Cuando surgen conflictos étnicos o la fe no estuvo suficientemente inculturada, o se prefieren propuestas más ligeras, la única solución es la escucha de la palabra y el encuentro personal con Jesús. Eso dice también a los del movimiento Comunión y Liberación, haciéndolo extensivo a todos los carismas:

El centro no es el carisma, el centro es uno solo, es Jesús, Jesucristo. Cuando pongo en el centro mi método espiritual, mi camino espiritual, mi modo de actuarlo, me salgo del camino. Toda la espiritualidad, todos los carismas en la Iglesia deben ser “descentrados”: en el centro está solo el Señor²².

Ahora bien, en este contexto pluricultural, donde no se puede presuponer la fe cristiana, la propuesta de Jesús que tenemos que hacer los cristianos en las plataformas de servicio público, por ejemplo, la educación, tiene que conjugar el respeto absoluto a cada persona con la propuesta explícita de Jesús como evangelio, mediante el diálogo abierto.

Ese modo de vida es el que nos convierte a todos en testigos. El fruto de la contemplación de Jesús de Nazaret es investir su humanidad, ser humanos como él y contagiar esa humanidad. En estos tiempos, cuando la humanidad de los seres humanos está tan menoscabada, una muestra ineludible de humanidad es la misericordia. El papa recalca que para ser solidarios se necesita ser humildes, pero no en el sentido de empequeñecerse hasta no ser capaces de hacer nada, sino en el de poder estar con los pobres y necesitados sin hacerles sombra, haciéndoles sentir bien, como lo hizo Jesús.

3.4. A Jesús se lo encuentra en los pobres: la carne de Cristo

El papa Francisco siempre se refiere al amor preferencial de Jesús por los pobres, por los necesitados, por los enfermos, por los presos. Si esto es lo que

21. Encuentro con los sacerdotes diocesanos, Cassano Allo Ionio, 21 de junio de 2014.

22. Al movimiento Comunión y Liberación, 7 de marzo de 2015.

hace Jesucristo, el que va a los pobres hace lo mismo que el Buen Pastor. Por eso, ir a los pobres es dar testimonio de Cristo.

Pero cuando vamos a los pobres no solo hacemos como Jesús, sino que nos encontramos con él. En esa carne sufriente y clamante, es donde vivimos la experiencia de Cristo. Porque él está sufriendo con ellos, en ellos.

En la *Evangelii gaudium*, Francisco afirma esta mutua referencia entre Jesús y los pobres y muestra su centralidad en el cristianismo. Nos quedamos con la expresión más fuerte y la más característica del papa Francisco: los pobres son la carne de Cristo. Por eso, es un pecado grave instrumentalizarlos para adquirir prestigio personal o institucional.

Desde la alianza con los pobres como el lugar donde encontrarnos con el Señor, un encuadre vital universal y, en cierto modo, atemático, viene para el papa Francisco el encuadre histórico, los evangelios, la tradición que nos comunica a Jesús de Nazaret, contemplado a la luz de la Pascua. Jesús nos habla en los evangelios y, por lo tanto, de ellos nos tenemos que alimentar porque son el tesoro que tenemos que entregar. En consecuencia, el papa nos pide su lectura y estudio, los cuales “siguen siendo de extrema importancia”, meditarlos todos los días y ponerlos en práctica, pues “Jesús nos pide ponerlos en práctica, vivir sus palabras”.

Los evangelios, según el papa, son la fuente de la identidad y de la misión cristiana. En ellos nos encontramos con Jesús vivo. Él no está aquí, pero lo podemos encontrar leyendo discipularmente los evangelios con el mismo espíritu con el cual fueron escritos. Y además, como fruto de su contemplación asidua, los cita con gran profusión. Asimismo, la vida de Jesús, leída en los evangelios, es la luz para interpretar los signos de los tiempos.